

CAPÍTULO V

ORGANIZACION DE LA IDEA REVOLUCIONARIA

Al terminarse el año 1521, comienzan las exageraciones revolucionarias, que obligaban al monje á poner un límite á su reforma y á organizar, como una autoridad viva, su revolucion. Si el arte necesita de los contrastes, la idea necesita de los contrarios. Extiéndese el alma humana entre los dos polos de lo ideal y de lo real; y extiéndese la sociedad entre los dos polos de lo pasado y de lo porvenir. Acababa Lutero de vencer las resistencias de los viejos poderes, cuando había menester el prevenir los ánimos contra los ímpetus y contra las impacencias de las nuevas esperanzas y contra los ideales ilimitados y exageradísimos de las nuevas escuelas. El primero en empezar las exageraciones de la Reforma, el primero en trasponer el límite de la nueva doctrina, el primero en ir allende lo racional y lo justo, fué aquel Carlstadt, á quien confiara Lutero en la célebre disputa de Leipzick, la defensa de sus principios. Coincidió casi con esta resolución de Carlstadt un movimiento exagerado en sentido revolucionario, cuyos primeros relámpagos cruzaron por los horizontes, desde entonces célebres, de la aldea de Zwickau. A la cabeza de este movimiento apareció el ciego y fanático sectario llamado Munzer, como á la cabeza del movimiento de Witemberg apareciera el exaltadísimo y descarriado reformista que se llamaba Carlstadt. Creían estas gentes poco aptas para apreciar los obstáculos opuestos por toda realidad al ideal, que los procedimientos luteranos degeneraban, no solo en lentos, sino en conciliadores y moderados. No sabían que ni se salta un término de la serie

en la lógica, ni se conjura una hora del día en el tiempo, ni se burla un punto de la línea en el espacio, ni se esquivan las gradaciones en la política, ni se rehuye la trasformacion universal á que todo está sujeto; porque si las cosas materiales se hicieron evidentemente con peso, las cosas morales evidentemente se hicieron con medida y con sistema; y como nadie puede rehuir su cuerpo á la gravitacion universal, sus acciones á las leyes de la moral, ningun principio aplicable á la vida de las sociedades humanas puede romper ni quebrantar siquiera las leyes de la sociedad, la cual pide á cada organismo naciente como la naturaleza á cada sér naciente, una necesaria imperfeccion, derivada de lo relativo y de lo imperfecto de nuestra propia existencia. Así la exageracion vino naturalmente despues de la Reforma, como viene la exageracion en todas las revoluciones, impaciente, extrema, violentísima, desconociendo las leyes de la realidad y de la vida, burlándose de la serie que rige á las ideas y del tiempo que reina soberanamente en la naturaleza. Los exagerados de la revolucion religiosa, movidos de su fanatismo radical, no se contentaban con la profunda trasformacion de las conciencias y con el mejoramiento regular y templado de los ánimos; iban de aldea en aldea, excitando á los pobres campesinos, inclinados de suyo á la violencia, por la ignorancia natural de sus entendimientos y la misérrima condicion de su estado, para que en armas se levantasen, como si la fuerza pudiera resolver los problemas del espíritu y de la conciencia. Pero de todos modos, partidas armadas recorrian los campos, tumultos revolucionarios turbaban la paz pública, predicadores furiosos enardecian las pasiones populares, y demagogos faltos de todo respeto á las leyes divinas y humanas entraban á saco en los monasterios, rompian con furia los altares, derribaban por tierra las imágenes, expulsaban por fuerza de sus celdas á las monjas y querian con espadas, con chuzos, con arcabuces, con armas materiales realizar por fuerza un nuevo reinado de Jesucristo sobre la tierra, de Jesucristo, de aquel que habia fundado su doctrina con su palabra y ungídola con la uncion preciosa de su propia sangre. Terrible la emocion producida en toda Alemania por tales excesos; espantosa la incertidumbre aun de los mismos á quienes mas interesaba el éxito de la nueva causa; inminente el peligro de que se juntasen, merced á tales exageraciones, el ocaso con el oriente de la idea revolucionaria: que todos los prin-

cipios, aun los mas progresivos y salvadores, se pierden, y si no se pierden, se eclipsan, por obra de sus excesos.

Lutero, como todos aquellos que crean una nueva doctrina, tenia tal fe, así en la verdad de sus principios como en la virtud de sus procedimientos, que no imaginaba posible ni una accion demasiado extrema ni una reaccion demasiado violenta. Al principio sobre todo del movimiento no le atribuía en su candor sublime ningun género de importancia. El 17 de enero de 1522 escribia: «No salgo de mi retiro, no digo palabra por esos profetas; me tienen sin cuidado.» Pero luego, con mayor reflexion y con mas espacio, escribia detenidamente á su amigo Melanchton una larga carta, en la cual se estudiaba con grande profundidad la verdadera fisiología de los reveladores y de los profetas. Para él no merecian tal nombre los que hablaban dulcemente de cosas apacibles y tiernas, se embebian en prácticas devotas, creyéndose llamados por sus éxtasis místicos al tercer cielo, sino aquellos que sienten las angustias espirituales, los combates guerreros, las dudas que coronan de espinas las sienes y crucifican los piés y las manos, las mil muertes llevadas en el alma, los partos dolorosos de la conciencia, los infiernos inextinguibles del corazon, los martirios y los tormentos que acompañan como al cuerpo la sombra, á todas las verdaderas y sublimes vocaciones y apostolados venidos para acercar la tierra al cielo y la humanidad á lo infinito. Por fin toda la intensidad del mal se reveló á la penetracion de Lutero; y sin esperar ni siquiera la vènia de su Príncipe, tomó el camino de Witemberg. Sin embargo, al llegar á Borna, el 5 de marzo de 1522, sintió una especie de remordimiento, que le agujoneaba por haber prescindido de su soberano y de su protector, y tuvo que dirigirle una carta, en la cual presentaba el poder espiritual de su conciencia y de su idea, frente á frente de los poderes materiales del mundo. Y despues de explicar y excusar la debilidad tenida en Worms por natural complacencia con sus valedores, anunciaba el firme propósito de no ceder por nadie, puesto que en cuanto dejaba una pulgada de sus dominios, el diablo queria de todos ellos apoderarse, de todos ellos, con su invasor espíritu. En seguida, la emprendia con el duque Jorge, su implacable enemigo, diciendo que cumpliría con su deber, aunque por espacio de nueve dias el cielo estuviere lloviendo duques Jorges á torrentes, y fuesen los llovidos nueve veces

mas furiosos que el verdadero y real. Despues de haber escarnecido así al duque Jorge, volvíase al Elector, y le anunciaba que declinaría su proteccion porque llevaba otra mas segura y mas excelsa. Y subiendo de punto en su lenguaje, á guisa de un Profeta hebreo delante de un Rey idólatra, le dice que podrá protegerle á él mas que ser por él protegido y amparado. Y por consiguiente, no podia consentir, por honra de ambos, ni en ser él preso del Elector ni en dejar al Elector que fuese carcelero del Profeta. Escribíale solamente para notificarle su regreso, á fin de que no le cogiera de susto, si por acaso lo sabia de súbito ó llegaba él mismo sin prévio anuncio y aviso. Otro soberano, de mayor energía que Federico, se indignara, no solo por lo grave de la resolucion, sino tambien por lo altivo de la carta. Pero el Elector, deseoso de complacerle y de servirle, tanto como imposibilitado de hacerlo por la dureza misma de las formas y por el atrevimiento de las ideas, díjole que escribiese otra carta, presentable al Emperador y procuraria la paz de quien estaba declarado reo de lesa majestad por sus opiniones religiosas. Lutero entonces se conformó con fundar su deseo de regreso en razones atendibles, como el llamamiento de su iglesia de Witemberg, como el desórden sembrado entre sus fieles, como la inminencia de una insurreccion demagógica. Y si, en tal apuro, no iba al sitio, donde le llamaba su deber, exponíase á provocar sobre su persona las cóleras del mundo entero. En otra ocasion el acuerdo del Profeta tuviera mayores y mas temibles consecuencias; pero, en aquel momento, sucedian dos casos que facilitaban su vuelta: el uno los empeños de Carlos V en su guerra con Francisco I y el otro la muerte inesperada de Leon X que pasaba de esta vida á los cuarenta y seis años, despues de reinar tan brillantemente, aun con haber tenido la irreparable desgracia de que estallara en su tiempo la revolucion religiosa.

¡Leon X! Delante de este hombre se detiene asombrada siempre la historia. Podrán discutirse con mas ó menos empeño sus altas cualidades, pero no puede negarse que representa y personifica el período quizás mas creador y mas fecundo de toda la humana historia. Nunca hubo descubridores como Colon y Magallanes; artistas como Rafael y Miguel Angel; profetas como Savonarola y Lutero; arquitectos como Paladio y Bramante; poetas como Ariosto y Garcilaso; políticos como Maquiavelo y Fernando V; conquistado-

res como Hernan Cortés y como Pizarro; hombres universales como Vinci; y todas estas glorias, cuyos resplandores ofuscan la vista y cuyo número apenas cabe en los anales de la humanidad, coinciden, por lo menos en la relacion de tiempo, con la vida de este Pontífice, á cuyo siglo, solo comparable con el siglo de Pericles, se le llamará eternamente y por todas las generaciones el siglo de Leon X; nombre, al través del cual se ven, como al través de mágica nube, los arcos romanos que se redondean en el espacio, las estatuas griegas que surgen de los grandes ocasos de la historia, las Academias platónicas tendidas bajo los mirtos de Florencia que traen á la vida la levadura espiritualista, la naturaleza vírgen que se rejuvenece por medio de la presencia de América henchida con savia de esperanzas, y el Renacimiento que vierte en nuestro seno el jugo de la vida clásica y produce el complemento del antiguo espíritu. Y este hombre, sacerdote á los siete años, cardenal á los diez y ocho, Papa á los treinta y tantos, muere cuando todavía no contaba medio siglo, y muere sin que nos atrevamos á creer en su muerte, porque parecia haberle dado el rejuvenecimiento de la naturaleza, la resurreccion del arte, la vuelta de Grecia á la vida, el coro de las divinidades antiguas resucitadas, la compañía de sus imperecederos artistas, el filtro de la inmortalidad. Júzguesele como se quiera, no cabe dudar, que, si Papa católico por su ministerio, parece sacerdote pagano por sus inclinaciones, venido del Hiblea con la copa rebosante de miel ática en sus manos. A esta especie de desercion de la Iglesia debemos que se haya rehecho como se rehizo la historia y que se haya completado como se completó la vida de la humanidad. En la renovacion traída por la Reforma; en el movimiento sobrado espiritualista y casi ascético de los espíritus; en aquella especie de renegacion universal no sabemos qué suerte corriera el sentimiento de la naturaleza, la inspiracion del arte, el influjo de la historia, el culto á la forma, de no haber existido este Pontífice pagano, que restauró la áurea trípode de Delfos y le puso encima, como una llama sacratísima, el alma de Platon. Sabemos muy bien que para realizar este ministerio histórico hubo precision de grandes aparatos teatrales incompatibles con la austeridad del sacerdocio; y de ostentosas entradas triunfantes contrarias á la pureza de una iniciacion religiosa; y de altares cubiertos de guirnaldas sobre cuyas aras se levantaban y erguian Vírgenes pa-

recidas á los antiguos dioses y Cristos tan deslumbrantes como los mas bellos Apolos, hasta quedar convertida la Iglesia en una especie de Atenas, consagrados los sitios mas venerandos de Roma á las divinidades de Chipre, lleno aquel aire que debia oler á incienso de báquicas canciones, hecho el Vaticano un teatro donde se escuchaban las imitaciones de la tragedia griega y los cánticos del alegre Ariosto; pero no puede, sin estos excesos, realizarse ningun cambio social en la impureza de la vida y en la extraña pero necesaria perturbacion de las revoluciones. Todo esto fué necesario para que se viera la hermosura perfecta en las estancias del Vaticano y la sublimidad increíble en los arcos de la Sixtina; para que se congregaran tantos sabios, capaces de crear un Nuevo Mundo en la soledad del Océano como de resucitar un Viejo Mundo en los sepulcros de la historia y de leer la elipse que forma la estrella en el cielo como de averiguar el curso que sigue la idea en el espíritu; para que todos los sistemas filosóficos llegaran á rejuvenecer la ciencia y todos los dioses muertos con su cortejo de ninfas, de sátiros, de nereidas palpitantes de vida y de alegría, reanimaran la naturaleza casi extinta bajo las agudas púas del cilicio y las terribles maceraciones de la penitencia. ¿Quién no se detendrá en las galerías del palacio Pitti de Florencia, ó en las estancias del palacio pontificio de Roma á contemplar los retratos de Leon X trazados por Rafael de Urbino? Aquella cabeza, que parece, por sus dimensiones, de un Hércules; su imberbe y sanguíneo rostro que reverbera la tranquila sensualidad pagana; sus ojos profundos que se recrean en la contemplacion externa de las formas plásticas; su boca grande y abierta como al éxtasis erótico de la admiracion materialista por la naturaleza; la vida que rebosa en él; toda su complexion y todas sus facciones le dan con su encendido calor la paz y la serenidad de uno de aquellos dioses que han oido murmurar el Cefiso y el Alfeo, que han visto lucir las cimas del Pindo y del Olimpo, que han aspirado el olor de la verbena en el ara de mármol del Pentélico cincelado por Fidias, que han visto las danzas religiosas de las doncellas griegas en los intercolumnios de los templos jonios, y que han vivido en estrecha y continua comunicacion con el universo. Hasta su tumba parece una letra de su síntesis; porque se halla colocada en Santa María Minerva, es decir, en una iglesia que lleva el nombre de la Madre inmaculada del Dios de